

de antemano me lo habia prohibido, hice, como era mi deber, una limosna al convento.

### RAMMA.

*Martes 6 de Marzo.*

*La casa del soldado.—Nuestra pequeña caravana.—Corzas raras, pájaros.—Nuestra llegada.—El taller, hoy capilla, de Nicodemus.—La Torre de los Mártires.—La celda de Napoleon.—La Virgen de la Almudena.—Los leprosos.—La partida.*

#### I.

Ramma, Ramble, Rámata ó Arimatea, dista de Jaffa tres leguas. Su aspecto es miserable; el carácter de su construcción, como el de todos los pueblos de la Palestina, casas de piedra sin tejas, con una azotea y una bóveda también de piedra, á cuya bóveda dan el nombre de CUBBÉ; pueblos que revelan un pasado grande y un presente pequeño; pueblos formados en su mayor parte de ruinas; pueblos menores que sus cementerios, lo cual demuestra que aquellos caminan ménos lentamente á su extinción.

Hoy el viaje de Jaffa á Jerusalem no es tan peligroso como en otro tiempo, porque además de varias circunstancias, que explicaremos en el tras-

curso de esta obra, el sultan ha mandado construir en dicho camino varios edificios, que los naturales llaman BET EL-ASCAR, *la casa del soldado*; los cuales sirven de puestos avanzados. Esos edificios recortados todos por un mismo patron, se componen de dos cuerpos de piedra sillar: el inferior es un cubo grande, terminado en almenas de impaje: el superior es otro cubo más pequeño, terminado también en almenas de impaje, colocado sobre el superior; su forma total es elegante: en cada uno de estos castilletes vive un soldado de caballería, teniendo el caballo en el primer piso, y ocupado él el segundo. Cuando se consuma un robo ó un asesinato, el soldado que adquiere noticia de ello, planta entre los impajes de su torre una bandera si es de día, ó un farol si es de noche. Como dichos fortines se encuentran á la vista el primero del segundo, el segundo del tercero y así sucesivamente, se reproduce en pocos momentos esta señal telegráfica en todos, salen todos los soldados, y corriendo por aquellas extensas llanuras ó por aquellas elevadas montañas, siempre dan alcance al ladron ó al asesino. A pesar de esta policía que ofrece bastante seguridad en el camino de Jaffa á Jerusalem, he observado en todos los viajeros por la Palestina, y más en los del país que en los extranjeros, marcada tendencia á unirse unos con otros para marchar juntos aunque no se conozcan; más, aunque no se hablen en todo el



viaje, y á esta reunion buscada ó casual llaman caravana, arande ó pequeña caravana, segun el número de viajeros que la componga.

Nuestra pequeña caravana salió de Jaffa á las dos y media de la tarde del martes 6 de Marzo, habiendo sido cariñosamente despedida por todos los frailes españoles y con especialidad por su presidente fray Casto Amado. Componian nuestra caravana el venerable fraile carmelita fr. Giovane de Sta. Teresa, el fraile capuchino más jóven y ménos venerable fray Francesco de Nápoles, ambos italianos, un jóven tambien italiano, alto, delgado, poco hablador y muy melancólico, llamado Biffi Luigi Federico; otro jóven elegante, decidior, protestante, que hacia cuatro años se encontraba viajando, natural de Stokolmo, Giovanni Jauzon, dos niños rusos que iban á uno de los colegios de Jerusalem, el dragoman y yo. Giovanni Jauzon optó por ir á caballo; y yo hubiera hecho lo mismo, ya por la pasion que siempre he tenido á esa clase de ejercicio, y ya porque abrigaba grandes deseos de montar un caballo árabe, uno de esos caballos de que tanto nos hablan los viajeros y que con rasgos tan enérgicos nos describen las sagradas Escrituras; pero faltaba una persona para llenar los asientos de lo que allí llaman carroza, y cedí á las instancias del venerable padre fray Giovane de Sta. Teresa. Bastantes ocasiones tuve despues de montar caballos árabes, y de hacer gi-

nete en ellos, grandes jornadas. Lllaman carroza en aquel país á un arteson grande de madera tirado por tres caballos en fondo con tres asientos muy duros, aunque forrados de gutapercha, asegurados por medio de unas correas en sentido trasversal del arteson ó artesa; son ni más ni ménos las tales carrozas uno de los carros del arbolado que se usan en Madrid en los que colocaran tres banquetas de frente una tras otra con un respaldo muy bajo. En la primera de estas tres banquetas, iban el cochero y los dos niños rusos, que tendria cada uno de diez á doce años; en la segunda los dos frailes, en la tercera Biffi Luigi Federico y yo; el equipaje lo llevábamos á los piés, sirviéndonos de escabel; al pasar por encima de una piedra nos hubiera arrojado la carroza si con gran fuerza no nos hubiéramos agarrado á ella; al subir las cuestas pendientes, teniamos que apearnos todos porque era imposible salvarlas de otro modo.

Cuando salimos de Jaffa y marchando por aquel ameno camino, que forman las impenetrables vallas de nopales, cercos naturales de las frondosas huertas de naranjos, limoneros y granados, llegamos á un rellano donde brota la fuente de la Virgen; encontramos tal número de camellos tendidos en el camino, que tuvimos que esperar más de un cuarto de hora á que aquellos corpulentos animales se levantaran y abrieran calle para poder seguir. Tan sombríos en su mirada como los árabes



que los custodiaban, parecia, que como ellos, se resistian á dar paso por sus terrenos á los hijos de Europa.

Media hora nos costó cruzar el agradable terreno que ocupan los naranjales de Jaffa, ó sea sus pintorescos jardines; y cuando ya los dejamos atrás, no perdimos por cierto en cuanto á la belleza del espectáculo, pues se ofrecieron á nuestra vista grandes campos cubiertos de yerba y de flores, campos que se perdian en un horizonte de ondulantes colinas; los trigos, y era el 6 de Marzo, se hallaban tan adelantados como están en España á mitad de Mayo, no sé si aquellas flores eran segun el padre Neret dice en su viaje, tulipanes, rosas blancas, narcisos, anémonas, azucenas blancas y amarillas, alelíos y siemprevivas, porque no pude detenerme á mirarlas de cerca; pero observé que esmaltaban las verdes campiñas con vivísimos y diferentes colores, y que perfumaban la atmósfera con delicado aroma. Observé tambien que todos los animales son allí mucho más mansos que en Europa; sin duda porque ménos cruel que el civilizado hombre de Europa, es para ellos el incivilizado hombre del Asia. A tiro de escopeta cruzaron delante de nosotros varias corzas; dos raposas atravesaron muy tranquilas el camino á nueve ó diez metros de nosotros, y las calandrias y otros pájaros tenian que dar un vuelo para que no las pisaran nuestros caballos; pero aquel vuelo

que daban era de metro á metro y medio nada más.

Esto ve el que aquellos campos mira solo con los ojos de la materia; pero el que los contempla además con los ojos del espíritu; el que invoca en su auxilio la historia, la ciencia y la fé, esas cariñosas hermanas, que solo se separan una de otra en inteligencias que el orgullo extravía: el que los mira de esta manera siente conmoverse su corazón porque aquellos campos se confunden al Norte con los campos de Caifá, con los campos de S. Juan de Arce, con las cordilleras del Líbano, con los campos de Tiro y de Sidon; porque aquellos campos se confunden al Sur con los campos de Gaza, donde Sanson aterró con su fuerza á sus enemigos; porque aquellos mismos campos que nosotros pisábamos eran los campos de los filisteos, los mismos que Sanson abrasó atando fuego á las colas de las raposas: y habia yo llegado á colmo de mis ilusiones, porque ya desde allí no puede el viajero dar un paso sin que á su mente asalte un hecho histórico; porque cada roca, cada piedra, cada árbol atesora un acontecimiento bíblico, perpetúa una tradicion piadosa; y ¿qué tiene eso de extraño, si aquella tierra, si aquellas campiñas, si aquellas ruinas son el teatro donde se realizaron grandes escenas del Antiguo Testamento?..... ¿Y qué tiene eso de extraño, si aquellos montes, si aquellos caminos por donde nosotros!



viajábamos, son los caminos, son los montes, que holló más de una vez con su planta María..... si aquella atmósfera que nosotros respirábamos llenos de emoción, es la atmósfera que respiró más de una vez Jesús?

A las cuatro de la tarde, á las cuatro de una tarde serena en que el ambiente no agitaba ni las hojas de los sicomoros, ni los tamarindos, ni las espigas de trigo, ni las corolas de las flores silvestres; en una tarde pesada en que el sol de la Palestina caía abrasador sobre nuestras cabezas, descubrimos á Ramma; yo lo contemplé silencioso pensando en aquellos dos santos varones que bajaron á Cristo de la cruz, que acompañaron á María en su más amargo dolor, en el momento más angustioso de su vida, y que los dos vieron la luz primera en aquel pueblo que por primera vez veía yo. A la otra parte de Ramma, léjos, muy léjos, formaban caprichoso horizonte con sus variados perfiles unas altas y escabrosas montañas azules, las montañas de la Judea. A la otra parte de aquellas montañas está Jerusalem.

## II.

A las cinco y media llegamos á Ramma. Después de cruzar, dejando á la izquierda el camino, un delicioso sendero formado por muros de nopales, y tan ancho que por él marchó cómodamente

la carroza, hicimos alto junto á la puerta cerrada del convento de padres franciscanos. Si un fuerte castillo parece el convento de Jaffa, un castillo impenetrable parece el convento de Ramma. A los pocos momentos se abrió la puerta, y entrando á pié y cruzando anchos patios con naranjos y nopales atravesando largos corredores y un espacioso vestibulo, penetramos en una habitacion no muy grande, cuadrada, rodeada de divanes á la turca, forrados de percal azul ó florecitas de colores. Todos cojimos el asiento con placer, porque aquella célebre carroza si no cansa tanto molesta más que ir á pié. Dos cabbas del convento entraron nuestro equipaje, y un fraile sirvió agua y vino sin azúcar, del que todos bebieron ménos yo. Tan luego como mis compañeros de viaje tomaron aquel refresco, pasamos por indicacion mia á ver la casa de Nicodemus.

El noble José de Arimatea y el escultor Nicodemus ambos nacieron en Ramma, Ramble ó Rá-mata, antiguamente *Arimatea*, tanto que el senador José, que con Nicodemus bajó á Cristo de la cruz, tomó el sobrenombre de su pueblo, segun antigua costumbre, llamándose *José de Arimatea*. No se conoce hoy la casa de este personaje por mas de un concepto célebre, sin duda porque vivió de continuo en Jerusalem; pero sí la de Nicodemas sobre cuyo solar se halla edificado el convento de los frailes franciscanos: sin embargo, dan vulgarmente el nombre de *Cása de Nicodemus*, so-



lo al taller de este escultor, cuyo taller se encuentra hoy convertido en capilla dentro del convento, en la cual se dice misa todos los días, y la cual es muy visitada y venerada por los peregrinos. Pasamos, pues, á visitarla fray Giovane de Santa Teresa, fray Francesco de Nápoles, el jóven italiano Biffi Luigi Federico, el jóven protestante Giovane Jauzon y yo, acompañados de un fraile: despues de atravesar algunos corredores de aspecto majestuoso y sombrío, salimos á un patio y desde allí entramos en la capilla, donde cayendo todos de rodillas, hasta el jóven protestante, todos hicimos durante algunos momentos fervorosa oracion.

Esta capilla, en otro tiempo taller de un hombre justo, que se hizo célebre bajando de la cruz á la víctima inmolada en el Gólgota por los pecados de toda la tierra y de todo el tiempo, tendrá próximamente seis metros en cuadro; está desde cierta altura colgada de tapices de seda á listas, que caen hasta rozar con el pavimento: frente á la puerta se levanta el altar mayor, sobre el cual hay colocado en la pared un cuadro grande al óleo, representando á Nicodemus: algunos otros cuadros penden sobre los tapices, pero son más pequeños y no de tanto mérito artístico. Desde allí pasamos á visitar la iglesia del convento, que contará diez metros de largo por cinco de ancho, segun pude apreciar á la simple vista: la tienen los frailes muy bien decorada, sobre el altar mayor se ostenta en

el retablo un gran cuadro al óleo, que representa *el descendimiento de la Cruz*; no conozco su autor, pero indudablemente es de gran mérito, no sólo por la correccion del dibujo, sino por la frescura del colorido y por la poesía de su concepcion. Contemplando este cuadro nos hallábamos cuando entró á buscarme el presidente del convento, que tenia noticia de mi comision por cartas del embajador de España en Constantinopla, y de mi llegada por el parte que puso el presidente de Gaffa.

El presidente de Ramma, fray Manuel Pascual, natural de la provincia de Castellon de la Plana, es jóven, en extremo amable y simpático; y tan acostumbrado se encuentra al árabe y al italiano, que segun él mismo me confesó, le cuesta ya trabajo seguir una conversacion en castellano. Yo le presenté una carta del conde de Casa-Sarria, que recibió con gusto; despues de reconocer la iglesia, salimos todos del convento, incluso el presidente fray Manuel Pascual, que ya no nos abandonó un momento durante mi permanencia en Ramma; cruzamos pintorescos paseos formados por impenetrables vallados de espinosos nopales, y andando un cuarto de hora, y atravesando un cementerio árabe, como todos los que vi en Oriente sin tapia que lo cercara, llegamos á la *Torre de los Mártires*.



## III.

¡Qué momento tan poético! ¡Qué impresiones tan bellas y delicadas recibimos allí!..... era esa hora melancólica en que el sol se hunde en el Ocaso, dejando la naturaleza sumergida en misteriosa penumbra..... en la verde pradera que pisábamos, se abren grandes bocas de piedra cincelada, que dan peligrosa entrada á extensos subterráneos formados por numerosos arcos de piedra sillar y mampostería; sobre la pradera se levantan gruesos muros también con arcos de sillares y mampostería, últimos restos de un colosal edificio, que sucumbió víctima del tiempo; y al otro lado de la pradera, á cincuenta ó sesenta pasos de distancia de esos arcos, sobre los cuales crecen la yedra y el jaramago, se alza sola, elevadísima y esbelta, la Torre de los Mártires,

No se sabe donde esa Torre toma su nombre; no se conoce su origen; hay quien dice que aquellos imponentes subterráneos, que aquellos muros coronados de yerba, y aquella torre tan alta por lo ménos como la Torre Nueva de Zaragoza, como el Miguelete de Valencia y como la Giralda de Sevilla; que aquella torre que se perfila gallarda en una atmósfera de purísimo azul, formaron parte de un gran edificio de los cruzados; otros sostienen que á la torre ninguna relacion liga con

aquel edificio, sino que fué construida por los árabes al reconquistar la Palestina y destinada á atalaya. Nada nos dice en este caso el sábio libro de la arquitectura, porque los adornos árabes que hermocean la torre y una lápida árabe que existe sobre la puerta, todas estas cosas parecen superposiciones en un edificio de época más antigua.

Sea de esto lo que quiera, el panorama que se disfruta desde la torre, es en extremo agradable; y visto en la hora tranquila en que yo lo ví, seduce el alma con gratas emociones. Al Este se descubre una extensa campiña, que va á perderse en las montañas de Judea, cuya campiña se ofrece salpicada de aldeas, entre las cuales deben mencionarse Danial, Hadid, Jimzú y Suffá; al Nordeste, Adita, Deir-Turtf y otras; al Norte, Beit-Dedjan, Rentich, las ruinas de El-Keniseli, la célebre Lydda rodeada de árboles, Diosópolis ó Lod, fundada por Benjamin, en la que nació San Jorge, y en la que San Pedro curó al paralítico Enea, y en último término las montañas de Samaria: al Sur se ven las aldeas de Naamí, de Khuldah y otras, y al Oeste Jaffa con su azulado horizonte formado por el mar.

No hay necesidad de que al hombre fascinen los cuadros de la naturaleza con la imperiosa fuerza con que me fascinan á mí, para que quede extasiado al contemplar el que á la plácida luz del crepúsculo de la tarde se percibe desde la torre de los Cua-



renta Mártires. Algunos árboles seculares, cuyo nombre no supieron decirme, nacen junto á las ruinas del convento, y el silencio que allí reinaba cuando yo estuve era tan completo, y la calma tan majestuosa, que ni arrullaban las palomas silvestres que entre aquellos escombros anidan, ni susurraban los insectos, ni las brisas oreaban las hojas de los árboles; silencio profundo en todas partes..... silencio en las ruinas del edificio, silencio en las mil tumbas, ruinas del hombre, que teníamos al lado.....

Allí se agregaron á nosotros ocho ó diez peregrinos, todos con el revólver á la cintura: hablando con fray Manuel Pascual de los peligros que al viajero amenazan en la Palestina, dijo:—«Esta noche no tengan ustedes cuidado, porque estamos muchos y casi todos armados; pero varias veces, y la última no hace mucho tiempo, se presentaron aquí derrepente los beduinos, y robaron y aun maltrataron á algunos ingleses que tranquilos visitaban con su dragoman estos monumentos.» Entonces le pregunté yo sorprendido:—¿Tan cerca del pueblo acometen los beduinos?» A lo que fray Manuel Pascual me contestó sonriendo:.... «Casi todos los años bajan á las eras del pueblo, cuando los vecinos ostán poniendo en sacos el trigo y la cebada par conducirlo á sus casas, y delante de ellos mismos lo cargan en sus camellos y se los llevan, robándoles en un instante el trabajo de un

año.» Esta narracion hecha sobre el terreno, nos produjo á todos los europeos una sensacion fuerte.—«Lo más que consiguen á fuerza de súplicas los vecinos del pueblo, prosiguió fray Pascual, es que por gracia les dejen una parte de su cosecha.»

Cuando la noche, cuando una noche de dulces galas, fué tendiendo sus sombras por aquel histórico país, comenzamos la marcha hácia el pueblo, y despidiéndonos yo, quizá para siempre, de aquellas venerandas ruinas, y cruzando otra vez por medio del cementerio árabe, que como todos los de su clase ocupa gran extension, porque entre tumba y tumba media un paseo de un metro de ancho, llegamos al convento. En el convento nos esperaba el vicecónsul de Jerusalem, D. Carlos Español, con su sobrina Elisa, que aunque nacida en Oriente, viste á la Europea, á los que conocimos aquella tarde en Jaffa, y los que de Jaffa habian salido poco despues que nosotros con sus cabbas ó guardias de confianza. El amable presidente nos hizo subir al piso principal del convento y nos introdujo, como objeto digno en efecto de ser visitado, en la celda que ocupó Napoleon I.

Esta celda se compone de una pequeña antecámara y una sala pequeña con una cama y una ventana frente á la cama; en aquella humilde estancia durmió algunas noches el coloso del siglo; aún vive en Ramma un hombre, que recuerda haber visto en el convento á Napoleon y haber visitado por aquellos días la celda en que se habia hospedado.



nadie ha ocupado despues aquella celda. Sabido es que cuando Napoleon hizo su expedicion á Egipto, desembarcó en Jaffa, y avanzó hasta Ramma, desde donde se proponia ir á poner sitio á Jerusalem; pero en Ramma recibió una embajada de los turcos de Jerusalem, manifestándole que en el templo del Santo Sepulcro tenian cerrados todos los cristianos de la ciudad; que si daba un solo paso adelante, prendian fuego al templo para que se hundieran y pereciesen entre sus escombros todos los cristianos. Atemorizado, sin duda, con esta amenaza Napoleón, ó por otras razones que son desconocidas, no dió un paso más hácia la Ciudad Eterna, y llevó sus armas á otra parte.

A las ocho se puso la mesa para cenar, en un aseado y extenso refectorio, rodeado de divanes cubiertos de percalina azul á florecitas de colores; todos cenaron con apetito, y yo, segun costumbre que hace muchos años tengo, tomé una jicara de chocolate. Pocos momentos despues entraron á hacernos la tertulia el presidente fray Manuel Pascual y cuatro frailes españoles, en cuyo semblante se veia reflejado el placer que experimentaban al encontrarse con un español.—"Ya que tan pocos, exclamaban ellos, vienen á visitar estos santos lugares." A las diez nos recogimos en nuestras celdas: á mí me destinaron una magnífica con tres camas, á la que se entra por un gran patio, ó mejor dicho, por un jardin. En vez de acostarme me puse á escribir en mi diario las im-

presiones del dia; como hacia calor abrí una reja, por la cual entraban las ramas de los naranjos y los limoneros, perfumando con el aroma de su azahar la habitacion; y mientras escribía oia ladrar los mastines dentro del convento y aullar los chacales á la otra parte, pero muy cerca de los muros.

## IV.

Puesto que nos hallamos en casa de Nicodemus, mientras todos duermen, vamos nosotros á referir un detalle de aquel justo varon, que muy relacionado se encuentra con España, y más aún con Madrid. Muerto Jesus, manifestó su Santísima Madre gran aficion á la cámara en que se celebró la cena, aquella última cena, precursora de la redencion del género humano; muchos ratos pasaba la Virgen con los apóstoles en esa cámara, donde bajó el *saber divino* en lenguas de fuego: pues bien, en otra cámara contigua á ella, y á la cual se entra subiendo cinco ó seis peldaños de piedra, Nicodemus, que era escultor, quiso retratar á la Virgen Santísima, y estando ella delante esculpió su imagen, á la que dió el colorido San Lúcas, que era pintor, por lo cual supone la crónica que de este hecho se ocupa, tenga gran parecido con el original. Cuando poco despues los apóstoles se esparcieron por todos los ámbitos de la tierra con obje-